

# Querida Universidad de los niños:

Con ustedes evoqué recuerdos de mi infancia observando la luna, haciendo aviones de papel, cantando, bailando y jugando. Los niños y niñas que acompañé y participaron en la etapa Encuentros con la pregunta esperaban con ilusión cada encuentro para sentir y compartir alrededor de una pregunta y ampliar su percepción del mundo con observaciones, conversaciones, preguntas y juegos.

Esta ilusión y expectativa también se manifestaban en nosotras, las personas adultas. Como docentes asistimos a cada encuentro con anécdotas, preguntas, inseguridades y discursos diferentes, pero con el propósito común de reflexionar sobre el aprendizaje y los elementos que confluyen en esta capacidad humana.

Vivimos las experiencias y tomamos distancia de ellas para deliberar sobre la manera tan diferente como fueron asumidas por cada persona, sobre el carácter plural y diverso del aprendizaje y la construcción colectiva de ideas y conocimiento. En la piel de maestra que se me va formando, se me fue quedando pegada la palabra «experiencia»; esa que sustenta las dificultades, los intereses y los desgarros, las fortalezas y los titubeos que tenemos. Conceptos como poder, gravedad, tiempo, fuerza, democracia, que parecen ser tan distantes en didáctica, se sitúan la experiencia como lugar para pensar, confrontar y aprender.

Pensar el aprendizaje como experiencia y pensarme como maestra en la experiencia de otros y otras en su infancia es un reto que la Universidad de los niños alimentó desde la teoría, las ideas, la didáctica y por supuesto la postura política.

Reconozco a través del programa la importancia que tiene para las comunidades educativas de la ciudad y del país abrir espacios de conversación, reflexión y construcción pedagógica con las maestras y maestros en ejercicio. Estas disposiciones ayudan a superar la mirada imperiosa de quienes promueven métodos, fórmulas y hasta discursos para la escuela construidos al margen del aula y los patios de recreo; esta relación con la escuela confunde y debilita la autonomía y la responsabilidad académica de los maestros y maestras, debilitan nuestras voces.

La disposición para conversar reconociendo los saberes y valorando la polifonía de las experiencias es un paso para ponerle altavoz a ideas que promuevan la educación como fenómeno dinámico de las sociedades, la vida digna y la capacidad humana de crear.

Quiero agradecer a quienes, con su ser, hacen del programa Universidad de los niños EAFIT una experiencia cuidadosa, coherente y profundamente sensible. Una reivindicación del niño y la niña como sujeto de derechos en la educación, con voz propia, fuerte y valiosa en nuestra sociedad.

Con profundo aprecio,

Carolina Marín Suárez  
Maestra de la IE Villa de la Candelaria